

# El “recién llegado” y los sentidos de la hospitalidad en *El azul de las abejas* de Laura Alcoba

Natalia Ferreri<sup>1</sup>

Jacques Derrida en sus seminarios reunidos bajo el título *La hospitalidad* (1997) explica la antinomia insoluble de este concepto: por un lado, “la ley ilimitada de la hospitalidad incondicionada” que se ofrece a un “recién llegado” —como él mismo lo llama—, y por otro, “las leyes de la hospitalidad” siempre condicionadas y condicionales (2014, p. 81), estas últimas vinculadas a los fundamentos de un Estado-Nación. A partir de estos conceptos, en este trabajo propongo analizar en la novela de Laura Alcoba —*El azul de las abejas* (2013)— los distintos sentidos que se construyen en la narración acerca de la noción derridiana de hospitalidad, puesta en relación con la idea del sujeto “recién llegado”. Este abordaje se cimienta sobre la hipótesis de que además de narrativizar los procesos que transitan los personajes hacia la hospitalidad, la novela expande y complejiza el sentido de aquel concepto a partir de la intertextualidad.

## Hospitalidad y extranjería

Este sintagma si se lo piensa en el marco de los fundamentos de una nación alberga si no una contradicción, una tensión que puede trasponerse a la experiencia de los sujetos migrantes. De acuerdo con sus acepciones literales, mientras que la hospitalidad es definida como “virtud” o “buena acogida”, la extranjería se erige como “cualidad o condición” dada por la ley. ¿Por qué lo

---

<sup>1</sup> UNC - CONICET. [naferreri@hotmail.com](mailto:naferreri@hotmail.com)

señalo como tensión? Porque la extranjería como derecho es dada, asegurada y garantizada por la ley, en cambio, la hospitalidad es una acción volitiva individual o cultural que, en ese sentido, puede o no ser ofrecida al recién llegado y hasta puede convertirse en hostilidad. Derrida, en el texto que cité al comienzo, advierte también un sentido antinómico en el binomio que inicia este capítulo y lo expresa así:

¿debemos exigir al extranjero comprendernos, hablar nuestra lengua, en todos los sentidos de este término, en todas sus extensiones posibles, antes y a fin de poder acogerlo entre nosotros? Si ya hablase nuestra lengua, con todo lo que eso implica, si ya compartiésemos todo lo que se comparte con una lengua, ¿sería el extranjero todavía un extranjero y podríamos hablar respecto a él del asilo o de hospitalidad? Es esta paradoja lo que veremos precisarse (Derrida, 2014 [1997], p. 23).

La hospitalidad así entendida deviene en frontera permeable a tal punto que se desvanecería en cuanto el “recién llegado” ingresara en la lengua y en la cultura de quien lo recibe. Es innegable que la lengua instituye esta relación de hospitalidad entre “recién llegado” y anfitrión. Este carácter constituyente de la lengua, Marcel Mauss lo explica así:

El segundo grupo de hechos sociales que, en general, enfrenta más que ningún otro a las naciones entre sí, es la lengua, vocabulario o palabras, gramática, sintaxis, morfología y fonética. Verdaderamente, las grandes masas que llamamos razas, las grandes y pequeñas naciones son impenetrables entre sí a causa de sus lenguas y por sus lenguas. Su auténtica mentalidad, en efecto, está cerrada a quien no conoce su lengua (1972, p. 322).

Es decir que la lengua —como el Derecho— constituyen para Mauss los factores que menor intercambio producen, que “menos en préstamos se dan” (1972, p. 320) entre las comunidades. De manera que la lengua es, entonces, la condición necesaria para habilitar o deshabilitar la hospitalidad que una nación o una comunidad ofrecen a un “recién llegado”; asimismo, la literatura, de un modo menos evidente, reproduce esa misma operación porque, como explica Timothy Brennan: “En términos sociales, la novela pasó a ser, junto con el diario, el principal vehículo de los medios impresos nacionales, y contribuyó así a estandarizar el idioma, alentar la formación cultural y eliminar la incomprendibilidad mutua”

(2010, p. 73). Así, lo que relata la novela *El azul de las abejas* es el viaje de una niña hacia un país extranjero cuyas anfitrionas serán la lengua y la literatura.

Cuando la niña de la novela *El azul de las abejas* llega a Francia, serán la lengua y la literatura las que funcionarán como aquellos condicionantes de la hospitalidad. La pequeña narradora ocupa la figura de “recién llegada” que arriba a un espacio en el que la espera su madre. Como se trata de un relato notablemente intimista, las reglas de la hospitalidad se ciñen a esa esfera doméstica y personal. La lengua francesa y la literatura escrita en francés, si bien constituyen un capital simbólico que la niña ya poseía o, al menos, conocía desde su lugar de partida, conforman los condicionamientos de la hospitalidad que la narradora está decidida a traspasar, es decir, en el sentido que Derrida lo plantea, dejar de ser extranjera: “Y la idea del ‘baño lingüístico’ de pronto no me basta, quiero ir mucho más lejos: quiero hundirme en esa lengua para siempre, quiero estar *adentro*” (Alcoba, 2014, p. 54).

Es fascinante la narración del tránsito que la niña realiza desde el francés que aprendió en La Plata, idioma en el que aún habitaba como foránea, hacia el francés en Francia del que se apropia casi sin advertirlo. Ese proceso está organizado en la novela en fases que abarcan la descripción de la pronunciación de sonidos nasales, los distintos tipos de “inmersión lingüística” tales como la lectura, mirar la TV, escuchar a Claude François, concurrir a una escuela a la que asisten franceses nativos; hasta que finalmente, llega el momento en que pensar y hablar en francés suceden al mismo tiempo: “Por primera vez no había traducido. Había encontrado, sin necesidad de buscar, la entrada. Al fin me había deslizado por esas tuberías que durante tanto tiempo había creído inaccesibles” (Alcoba, 2014, p. 119). La narradora describe el aprendizaje de la lengua extranjera como un proceso fisiológico, en el que aquella deviene en un cuerpo extraño que pone en evidencia el funcionamiento de la nariz, de la boca y de los oídos de la pequeña hablante. Su lengua francesa, sin embargo, alberga en sí misma una amenaza: el acento “argentino”. Esa latencia de la lengua de partida está presente casi hasta el final del relato y actúa como condicionante, de tal modo que la niña busca afianzarse en ese nuevo espacio al que acaba de llegar. Por esto, la necesidad de apropiarse del francés se manifestará de dos maneras: una evidente, que es la descripción del proceso de adquisición de la lengua francesa. La otra, solapada, se trata de la intertextualidad literaria.

Dos lecturas emergen a lo largo de la novela y que propician el ingreso en un espacio metadieético: *La Vie des abeilles* de Maurice Maeterlinck y *Les Fleurs bleues* de Raymond Queneau. ¿Qué sentido genera que Alcoba haya elegido obras de estos dos autores como intertexto? Se trata de dos figuras imprescindibles de la literatura en lengua francesa tanto por su cuantiosa producción como por las transformaciones estéticas que generaron, además del reconocimiento académico, institucional y de la crítica.

*La Vie des abeilles* es un ensayo que Maeterlinck publicó en 1901. Organizado en siete libros, se trata de una obra de una sensibilidad extrema, en la que la diminuta vida de las abejas es puesta a escala humana, en el sentido de que cada acto de los himenópteros puede ser traspuesto al comportamiento del hombre que vive en comunidad. Este libro de ensayos se inscribe en el conjunto de escritos de Maeterlinck, es decir, se inserta en el proyecto simbolista del autor que no se reduce a una elección formal o estética sino que expresa toda una “concepción de la naturaleza” (Mouze, 2013, p. 3). La aceptación sobre el Simbolismo con la que la crítica emparenta a Maeterlinck es la que expresa Mallarmé en *Enquête sur l'évolution littéraire* (1891):

*Nommer un objet, c'est supprimer les trois quarts de la jouissance du poème qui est faite de deviner peu à peu : le suggérer, voilà le rêve. C'est le parfait usage de ce mystère qui constitue le symbole : évoquer petit à petit un objet pour montrer un état d'âme, ou, inversement, choisir un objet et en dégager un état d'âme, par une série de déchiffrements* (Huret, 1891).

Ese mismo mecanismo sugestivo para expresar la naturaleza de un objeto o de una experiencia que Maeterlinck realiza en su obra, Laura Alcoba lo reproduce en su novela: el capítulo de *La Vie des abeilles* que es referido y citado mediante la transcripción de pasajes enteros en la novela de Alcoba y que constituye casi todo el diálogo epistolar que la niña y su padre mantienen de un lado y del otro del Atlántico, es el capítulo titulado “En el umbral de la colmena”. En este capítulo, Maeterlinck habla, por ejemplo, del peligro que asecha al hogar y su consiguiente abandono, de la esperanza, de la soledad, de la vida en comunidad, del final del hombre individualista, etc. Lo que hace Alcoba al insertar este texto en su novela es describir su propio exilio y el deseo de hospitalidad:

En vez de luchar en vano, y llenas de una previsión que se equivoca porque mira demasiado lejos, [las abejas] quieren al menos salvar el porvenir y se arrojan sobre las reservas de miel para tomar toda la posible y ocultar así la necesaria para fundar en cualquier otra parte y en seguida, una nueva colmena, si la antigua es destruida o se ven obligadas a abandonarla (Maeterlinck, S/D [1892], p. 13).

La novela de Queneau, *Les Fleurs bleues* (1965), puede ser considerada, sin duda, como el texto que ficcionaliza la totalidad de la historia de Francia. Philippe Dulac en el artículo que publicó en la *Nouvelle Revue Française* expresa que no pueden estar mejor descriptos los acontecimientos que conforman “*les mythologies de la francité*” (1978, p. 127). Esta novela “trans-histórica” recorre siete siglos —1264, 1439, 1614, 1789 y 1964— y, si bien se suceden cronológicamente, los hechos parecen acontecer como dentro de un sueño; el espacio diegético está envuelto en una dimensión onírica que Queneau logra generar mediante el magistral tratamiento del lenguaje a partir de la creación de una lengua futura:

— Je ne rêve jamais de tout cela.

— Et de quoi rêvez-vous, messire?

— Je rêve souvent que je suis sur une péniche, je m’assois sur une chaise longue, je me mets un mouchoir sur la figure et je fais une petite sieste.

— Sieste... mouchoir... péniche... qu’est-ce que c’est que tous ces mots-là ? Je ne les entrave point.

— Ce sont des mots que j’ai inventés pour désigner des choses que je vois dans mes rêves.

— Vous pratiqueriez donc le néologisme, messire ?

— *Ne néologisme pas toi-même : c’est là privilège de duc [...]* (Queneau, 1965, p. 42).

En este fragmento como en muchos otros, lo que Queneau expresa es la fuerza creadora del lenguaje, creadora de la historia, del tiempo y de la lengua misma. Esta novela, que Séverine Manhaval llama “arca-libro”, en referencia al episodio bíblico de Noé, deviene en el instrumento de salvación de la niña de *El azul de las abejas*: embarcarse en esta nave-lectura, tal como lo relata en la novela, es terminar de apropiarse de esa lengua cuya potencia inventiva le posibilita la creación de su propia novela que es la que estamos leyendo. Alcoba, de esta manera, da cuenta de que para dejar su condición de extranjera debe apropiarse también de la capacidad creadora de la lengua a la que arriba.

Sin sumergirnos profundamente en las historias, solo los títulos de estos dos intertextos —*La Vie des abeilles* y *Les Fleurs bleues*— junto con el de la novela de Alcoba bastan para trazar un triángulo no solo léxico (azul/abejas/flores), sino también de sentido. El vértice de este triángulo termina de formarse cuando la narradora deja de ser recién llegada, es decir, abandona la hospitalidad de la lengua y de la literatura para devenir en una “francesa de verdad”. Ese vértice que será el punto de llegada está representado simbólicamente con las “flores azules”, que coincide a la vez con el final de la lectura de la novela de Queneau y con el final del relato de la novela de Alcoba:

Después traduje para él [para el padre], al castellano, la última frase de la novela [...] porque me parecía verdaderamente perfecta. Además, en esa frase, las famosas flores del título habían hecho por fin su aparición...al cabo de doscientas setenta páginas. Aunque tantas cosas hubieran quedado en sombras para mí, aunque hubiera sido tan difícil llegar al fin de la lectura, tan pronto como la leí me dije que esa sola frase justificaba tanta, tanta pena: ‘Un manto de lodo cubría aún toda la tierra; pero ya, aquí y allí, asomaban pequeñas flores azules’ (Alcoba, 2014, p. 122).

El surrealismo onírico de Queneau y el simbolismo de Maeterlinck invaden la escritura de Alcoba, desde esta perspectiva que no se puede obviar, todo se resignifica: la abeja como la niña, las flores como la lengua y la literatura. Mediante las tres líneas argumentales que sostienen el relato, se produce este paso desde la extranjería hacia el abandono de la hospitalidad cuando la niña deja de ser extranjera: por un lado, la apropiación de la lengua francesa; por otro lado, el ingreso en la dimensión cultural; por último, el

desprendimiento del yo extranjero. Las dos primeras líneas argumentales ya analizadas concluyen en la acción final de la historia de la niña: cuando ella ya hubo aprendido a hablar el francés, cuando ella ya hubo aprehendido la capacidad inventiva del lenguaje, abandona su yo extranjero que en la novela está representado en una foto que la niña le envía al padre a Argentina. En esa acción íntima se cristaliza el despojo, todo el pasado deja de ser hostil porque ya no le pertenece.

### **Referencias bibliográficas**

- Alcoba, L. (2015). *El azul de las abejas*. CABA: Edhasa.
- Brennan, T. (2010). La nostalgia nacional de la forma. En H. K. Bhabha (Comp.), *Nación y narración* (pp. 65-98). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Derrida, J. (2014). *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Dulac, P. (1978). Raymond Queneau: *Les Fleurs bleues* («Folio», Gallimard). *La Nouvelle Revue Française* 307, 124-127.
- Huret, J. (1891). Enquête sur l'évolution littéraire. Recuperado de [https://www.uni-due.de/lyriktheorie/texte/1891\\_huret.html](https://www.uni-due.de/lyriktheorie/texte/1891_huret.html).
- Maeterlinck, M. (S/D [1892]). *La vida de las abejas*. Buenos Aires: Biblioteca “Las grandes obras”.
- Mauss, M. (1972). *Sociedad y ciencias sociales*. Barcelona: Barral Editores.
- Queneau, R. (1965). *Les Fleurs bleues*. París: Gallimard.